La ciudad de los grados prestados

Obra original · Shyvirelle

En Ardeval nadie preguntaba si hacía frío. Preguntaban cuántos grados le correspondían.

La ciudad había construido una red que recuperaba calor de las cámaras de conservación de alimentos, de los talleres y de las salas donde zumbaban los servidores. Unas bombas de calor, alimentadas con electricidad, elevaban la temperatura del agua que recorría las tuberías hacia las viviendas. El sistema no inventaba calor: lo movía, añadía el trabajo eléctrico necesario y perdía una parte por el camino. Aquello había permitido cerrar muchas calderas viejas. También había dado origen a un departamento entero dedicado a decidir quién merecía estar caliente.

En cada fachada había una placa con una categoría: vivienda, taller, almacén, oficina o servicio público. Las viviendas podían solicitar una temperatura razonable; los almacenes debían permanecer fríos. Cuando un sensor detectaba una estancia más caliente que lo autorizado por su clasificación, llegaba una multa. La gente decía que los edificios tenían fiebre y que el ayuntamiento les cobraba por enfermar.

Omar trabajaba revisando las cuentas de la red. Su oficio consistía en encontrar la diferencia entre el calor que entraba en un tramo y el que salía. Conocía los cambios de presión, los aislamientos defectuosos y el sonido de una válvula que no cerraba del todo. Una noche recibió un aviso extraordinario: doce locales cerrados gastaban calefacción después de medianoche. El programa había marcado esos consumos como «extracciones sin uso declarado».

El director envió un mensaje seco: «Identificar responsables antes del viernes».

Omar empezó por el antiguo almacén de mapas junto a la biblioteca. La placa decía DEPÓSITO. En su registro aparecían cuarenta y ocho kilovatios hora de calor entregados a lo largo de la noche, más de lo permitido para cajas de papel. En las cámaras de vigilancia del pasillo solo veía personas entrando con bolsos y mantas.

A la mañana siguiente fue a buscar a Julia, cuidadora de la biblioteca, que tenía la costumbre de arreglar las sillas antes de abrir. Ella no negó el consumo.

—Hay un refugio —dijo.

—El sistema dice que es un almacén.

—Lo era cuando guardábamos globos terráqueos rotos. Ahora entran personas. Ningún globo ha protestado.

Julia abrió una puerta que el plano municipal señalaba como cerrada. Había mesas bajas, vasos de agua, un estante con libros y una docena de mantas dobladas con cuidado. Por la noche el lugar recibía a quienes no tenían una habitación segura o vivían en casas cuyo calor apenas alcanzaba para los niños. Algunos esperaban allí hasta que amanecía; otros entraban solo para recuperar sensibilidad en los dedos. No se trataba de un lujo clandestino, sino de una habitación a la que el algoritmo no sabía poner nombre.

—Si no cambio la categoría, seguirán multando a la biblioteca —dijo Omar.

—Y si la cambias sin hablar con nosotros, quizás nos cierren por usar mal el edificio. Te invitaba a mirar antes de rellenar la casilla.

Omar regresó a su oficina con las cuentas impresas. Aquella noche, la red había recibido seiscientos kilovatios hora de calor recuperado y había utilizado doscientos de electricidad en el proceso. Ochocientos en total. Setecientos veinte habían llegado a los edificios; ochenta se habían perdido durante la distribución. Dentro de los setecientos veinte estaban los cuarenta y ocho que habían calentado el refugio. La máquina no tenía un agujero de energía. Tenía un agujero de vocabulario.

El informe automático los llamaba «robados» porque las placas de los edificios no admitían una función comunitaria nocturna. En la columna de destino, aquellos cuarenta y ocho figuraban como infracción; en el balance físico ya habían sido contabilizados. Borrarlos del informe no devolvería calor a nadie. Solo haría invisible a quien lo necesitaba.

Omar encontró otros refugios: una sastrería que ofrecía bancos al acabar la jornada, una sala de ensayo donde dormían tres familias durante una avería de sus casas, el vestíbulo de una cooperativa que dejaba pasar a ancianos después del cierre. Cada caso tenía un horario distinto. La lista de «ladrones» parecía más bien un mapa de las horas en que la ciudad dejaba de mirarse.

Julia fue con él a una reunión del departamento. El director mostró una pantalla llena de casillas rojas.

—Si aceptamos excepciones —dijo—, mañana todas las oficinas dirán que son refugios. ¿Con qué presupuesto?

—Con el que ya estamos gastando —respondió Omar—. Los sensores están midiendo calor real, pero las multas describen un delito que no han demostrado.

—El calor no se comparte por votación.

—No. Por eso traje los números.

Omar señaló una línea donde un edificio de oficinas vacío tenía autorizada una cuota nocturna de cuarenta y ocho kilovatios hora, aunque sus medidores mostraban que casi nunca la utilizaba. Proponía reducir esa cuota disponible, previa comprobación de que no afectara instalaciones sensibles, y reconocer exactamente esa cantidad como derecho de consumo para los refugios. La entrega física de aquella noche —setecientos veinte kilovatios hora— no cambiaría por corregir las categorías. Un acuerdo de vecinos definiría quién abría, a qué horas, con qué supervisión y cómo se registraría el gasto. No se trataba de prometer un invierno cálido para todos sin coste; se trataba de asignar públicamente la energía que los refugios ya recibían y de vigilar que no superara el presupuesto real.

La pantalla cambió. Apareció otra anomalía: una pérdida persistente en el tramo siete. Omar sintió que el estómago se le endurecía.

Meses atrás había detectado un aislamiento roto en una galería bajo el mercado. Se perdían veintidós kilovatios hora cada noche. Su supervisor le había pedido aplazar la reparación hasta después de la temporada fría, cuando sería más fácil cortar el suministro. Omar aceptó y cambió la etiqueta del incidente a «variación de medida». Le asustó admitir que su red funcionaba peor de lo que decía el informe público. Había callado pensando en conservar el empleo y mantener abiertas las tuberías.

Julia vio la cifra junto a su firma.

—¿Eso también lo contabiliza tu vocabulario? —preguntó en voz baja.

El director se apresuró a cerrar la pantalla. Podía aprobar una cuota comunitaria provisional, dijo, siempre que no quedara constancia del tramo siete. Las multas se perdonarían y el problema desaparecería de los titulares. A Omar le ofreció un ascenso si presentaba el informe limpio.

Durante tres noches Omar no durmió bien. Pensó en las familias que se abrigaban junto a los libros y en los trabajadores que tendrían que reparar la galería. El silencio del tramo siete no había causado las multas, pero sí había aumentado el coste de cada kilovatio hora útil. En una ciudad que obligaba a justificar incluso una silla caliente, él había escondido una pérdida por conveniencia.

El jueves presentó dos documentos públicos. El primero describía la cuota nocturna de calor comunitario: una cuota autorizada de cuarenta y ocho kilovatios hora reasignada desde el vestíbulo de oficinas a los refugios, con medición y revisión mensual. El segundo rectificaba su informe anterior: veintidós kilovatios hora perdidos por una sección mal aislada, la fecha de su primera observación y la orden que había aceptado de no intervenir. No pidió que lo disculparan por anticipado.

—Esto lleva mi firma —dijo ante el consejo—. Lo oculté. Repararlo no hará aparecer calor de la nada: reducirá una pérdida que hoy pagamos entre todos.

El director insistió en que la red no podía operar si cada técnico publicaba sus errores. Julia contestó que tampoco podía operar bien si se obligaba a los usuarios a declararlo todo mientras la administración tenía derecho al silencio.

Los vecinos discutieron durante horas. Unas personas temían que la cuota comunitaria encareciera su factura; otras pedían que todos los refugios tuvieran la misma temperatura. Al final aprobaron un límite visible, no una promesa ilimitada. Los responsables de cada espacio tendrían que registrar ocupación y horarios sin publicar nombres de usuarios. Las viviendas conservarían una protección mínima. Si no alcanzaba la energía recuperada, se reducirían usos prescindibles o se aumentaría el suministro con su coste declarado. Nadie podría llamar milagro a una resta.

La reparación del tramo siete se hizo con un corte anunciado y una ruta temporal de agua caliente. Omar ayudó a revisar las mediciones, ya sin tener acceso exclusivo a ellas. Después, con las mismas entradas de calor y electricidad, las pérdidas nocturnas bajaron de ochenta a cincuenta y ocho kilovatios hora. Los veintidós recuperados aparecieron ahora como calor útil disponible, no como premio secreto de su autor.

Omar perdió la jefatura de mediciones mientras investigaban su falsificación. Continuó trabajando en tareas supervisadas. A veces le parecía un castigo pequeño; otras, justo. Julia no lo consolaba. Le reservaba una silla cuando iba a la biblioteca a explicar las cuentas a los vecinos.

Un invierno después, la placa del antiguo almacén de mapas seguía diciendo DEPÓSITO. Alguien había colocado debajo otra, aprobada por la comunidad: «Refugio nocturno. Cuota de calor compartida: 48 kWh por noche». Junto a ella se mostraban el consumo real y el origen del suministro. La habitación seguía siendo modesta: libros, agua, mantas y una puerta que se abría a su hora.

—Ahora sí que la ciudad sabe contar —dijo Julia una noche.

Omar miró las cifras. No sabía si la ciudad había aprendido a contar mejor. Al menos había empezado a contar a las personas dentro de sus números.